

vuestra vida si fuese necesario? Y si esto no hacéis, ¿cómo esperáis salvaros?

Y nadie diga: yo no puedo socorrer al prójimo, porque, amados míos, la misericordia, que es la compasión del necesitado, no se saca de la bolsa, sino del corazón; si no puedes ¡oh pobre! dar dinero, puedes manifestar la necesidad á quien lo tenga, puedes dar palabras de consuelo, puedes mostrarte cariñoso y afable con el pobre entristecido. ¡Cuán ingeniosa es la caridad para aliviar las miserias del indigente!

No olvidemos, pues, la conclusión de nuestra Epístola, pues ella es como la síntesis de las entrañas caritativas de San Juan, discípulo del amor, que mereció el nombre de «*Apóstol de la Caridad*».—Hijitos míos—decía continuamente á sus discípulos:—«*Amaos los unos á los otros, porque este es el precepto del Señor, y si le cumpliereis bien, esto solo basta.*» (*Praeceptum Domini est, et si solum fiat sufficit.*) «*Hijitos míos, no amemos de palabra, ni de lengua, sino de obra y de verdad.*» Es decir, no amemos solamente de palabra, ni solamente con la lengua, sino con las obras y con sinceridad de corazón.

Amemos, pues, con plenitud; *de palabra*, diciendo de nuestros prójimos todo lo bueno que de ellos sepamos; amemos *con la lengua* intercediendo por ellos con fervientes ruegos; pero amemos también *con las obras* de misericordia y de caridad, pues por ellas conoceremos la sinceridad de nuestro amor: amemos *de verdad*, esto es, de lo íntimo de nuestro corazón, no por aparecer caritativos y cobrar fama de tales, sino por amor de Dios, por aliviar al necesitado, y porque en todo sea servido y glorificado Dios Nuestro Señor. Amémonos verdaderamente los unos á los otros, porque así lo exige la ley de la caridad, porque es la señal para conocer si en realidad estamos en gracia de Dios, pues ya lo dice nuestra Epístola, *el que no ama, permanece en la muerte. En esto—añade—hemos conocido el amor de Dios, en que dió su vida por nosotros; y así nosotros debemos también dar nuestra vida por la salvación de nuestros hermanos.*

Por último, *Filioli mei, hijitos míos, no amemos de palabra, ni de lengua, sino de obra y de verdad*; pues haciendo esto, lo hemos hecho todo, y Dios nuestro Señor, por su infinita misericordia, nos dará la eterna recompensa en las inefables mansiones de los cielos. Amén.

HOMILÍA 1.^a

Para el Domingo III después de Pentecostés.

Disposiciones para ser perfectos cristianos.

HERMANOS míos amadísimos: El santo y glorioso Apóstol San Pedro, en la primera de sus cartas, capítulo VI, propónese declarar á todos los fieles de Cristo las cuatro disposiciones principales que deben tener en su espíritu para ser buenos y perfectos cristianos, á saber: *la humildad de corazón, la confianza en Dios, la vigilancia sobre sí mismos y la fortaleza contra los enemigos de nuestra alma.* Todo ello lo expresa en las brevisimas palabras de la Epístola de este día. Dice así:

«*Hermanos, humillaos bajo la mano poderosa de Dios para que os ensalce en el día de su venida, echando sobre El todos vuestros cuidados, porque El tiene providencia con vosotros. Sed sobrios y velad; porque el diablo, vuestro adversario, anda como león rujiente alrededor de vosotros, buscando á quién devorar. Resistidle fuertes en la fe, sabiendo que vuestros hermanos, esparcidos por el mundo, sufren la misma tribulación. Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó en Jesucristo á su eterna gloria, después que hayáis padecido un poco, El os perfeccionará, fortificará y consolidará. A El sea la gloria y el imperio en los siglos de los siglos. Amén.*» (I Petr., V, 6 á 11.)

Hasta aquí, carísimos hermanos, llegan las palabras del Príncipe de los Apóstoles, y como ellas encierran tan profundas enseñanzas prácticas para la vida espiritual, necesario es que nos detengamos algo en su explicación, y al efecto, me concretaré en este día á explanar sus dos primeros encargos, á saber:

- 1.º Que hemos de vivir humillados ante Dios.
- 2.º Que hemos de tener en Dios gran confianza.

PUNTO 1.º

DE LA HUMILLACIÓN ANTE DIOS

Conocer á Dios y conocernos á nosotros mismos son dos cosas que constituyen la más alta sabiduría práctica. Conocer á Dios para servirle, amarle y adorarle con todas las fuerzas de nuestro corazón; conocernos á nosotros mismos para comprender nuestra impotencia y nuestra nada, y para «*vivir siempre humillados*, como leemos en la Epístola, *bajo la mano poderosa de Dios*».—*Sub potenti manu Dei*. (Verso 6.) «¡Ah, Señor!—decía San Francisco de Asís.—¿Quién sois Vos y quién soy yo? Vos sois el abismo de la sabiduría, la plenitud del ser y de todo bien; yo soy el abismo de la necedad, el último de los pecadores, y de mí propio sólo tengo el mal (1).» Y como esto, que decía el Santo, podemos decirlo nosotros con mayor motivo, no es aventurado afirmar que el fundamento de la humildad es el conocimiento de nuestras miserias. ¿Quién que se conozca en algo osará ser orgulloso? «Un pecador que se humilla—dijo San Agustín—vale más que un justo altanero, pues sólo con la humildad podemos acercarnos á la grandeza de Dios (2).»

Es, pues, necesario ser humildes, y no perder nunca de vista esta sentencia que hoy nos da el Príncipe de los Apóstoles: «*Humillaos bajo la mano poderosa del Señor*».—*Sub potenti manu Dei*. Detengámonos un momento á considerarla.

Humillaos, es decir, reconoced que todo vuestro ser, y modo de ser, y la conservación de vuestra existencia, todo viene de Dios, que os lo dió gratuitamente, no para que os ensoberbeczáis, no para que abuséis de ello, no para que os consideréis superiores á vuestros semejantes, sino para que le sirváis y le glorifiquéis á El en todas las acciones de vuestra vida.

Humillaos, es decir, reconoced que, después de criados y conservados, os halláis en las manos del Todopoderoso, como el barro en las del alfarero, y que así como éste da á su barro la forma que le place, así toca á Dios disponer de vosotros y de vuestras cosas como más le agrada, sin que ninguno tenga derecho á decir: ¿Por qué me has hecho así?

Humillaos, es decir, reconoced que vosotros solos, por vuestras

(1) Así San Buenaventura, en la *Vida de San Francisco de Asís*.

(2) *Melior est peccator humilis, quam justus superbus*. (S. August., Serm. 49, y Sentent. 88.)

propias fuerzas naturales, nada bueno podéis hacer en orden á vuestra eterna salvación, y que toda vuestra suficiencia, y bondad, y poder, y querer viene de Dios, sin cuyo auxilio no sois capaces de comenzar, ni de proseguir, ni de terminar ninguna buena obra meritoria de vida eterna.

Humillaos, es decir, reconoced que en todos los actos y momentos de vuestra existencia os encontráis bajo la fuerza irresistible del brazo omnipotente de Dios, que os halláis en la absoluta necesidad de someteros á El, y que es la mayor de las necedades el pretender resistirle.

Humillaos, es decir, reconoced que esa mano poderosa, que crió el cielo y la tierra, se halla abierta para derramar gracias y bendiciones sobre todos los hombres que humildemente se las pidan, y que la oración de ruegos á su divina Majestad, os es absolutamente necesaria para obtener la abundancia de sus riquezas celestiales.

Si, amados míos; este es el sentido profundo que encierran las palabras de nuestra Epístola, y nos las recuerda la Iglesia en el día de hoy, para que todos, anonadados ante la presencia divina, digamos con el Salmista: «¡Ah, Señor, mi ser está delante de Vos como la nada; todo hombre vivo en la tierra no es más que vanidad... Mi ignominia está todo el día ante mis ojos, y la confusión cubre mi rostro (1).» ¿Puede darse mayor motivo de humillación que vernos en la impotencia de hacer algo bueno por nosotros mismos? Y que esto es así no se puede negar, pues están clarísimas las palabras de Jesucristo que nos dice: «*Sin mí nada podéis hacer*.» *Sine me nihil potestis facere*. (Joann., XV, 5.)

Así, pues, hermanos míos carísimos, es preciso que andemos siempre en grande humildad delante de Dios, y que, reconociendo su riqueza, su bondad y su misericordia, le roguemos nos ayude y fortalezca, no sólo para hacer lo bueno, sino también para no caer en lo malo, y haciendo esto, ya lo dice nuestra Epístola: «*El mismo nos ensalzará en el día de su venida*» (Verso 6); esto es, en el día que, colocado en trono de inmensa majestad, venga á juzgarnos á todos.

Y nadie se maraville de esta insigne prerrogativa concedida á la humildad, pues es ley constante que el hombre cuanto más baja en su propia estimación, más sube en la de Dios. El orgullo que sube

(1) *Substantia meam tanquam nihilum ante te; veruntamen universa vanitas omnis homo vivens*. (Psal. XXXVIII, 6.) *Tota die verecundia mea contra me est, et confusio faciei mee cooperuit me*. (Psal. XLIII, 16.)

hasta el cielo, baja hasta el infierno; y la humildad que baja hasta el infierno, sube hasta el cielo. Bajar para subir; humillarse para ser ensalzados, ó mejor dicho, humillarse para dar gloria á Dios, y dejar á Dios el cuidado de nuestra gloria; este es el secreto que ensalza y sublima á las humanas criaturas, y claro debemos verle todos en aquellas palabras de nuestro dulcísimo Redentor: «*El que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.*»—*Qui se humiliat, exaltabitur.* (Luc., XIV, 11.)

Mas vengamos ya á la segunda disposición de ánimo que hoy nos recomienda nuestra Epístola, á saber:

PUNTO 2.º

DE LA CONFIANZA EN DIÓS

«*Bienaventurado el hombre que confía en el Señor, y el Señor es su esperanza. Será como el árbol trasplantado junto á la corriente de las aguas que extiende hacia la humedad sus raíces; no temerá los ardores del estío; sus ramas estarán siempre verdes, no le hará daño la sequía, y no dejará nunca de dar frutos*» (Jerem., XVII, 7-8.) Estas palabras divinas, que dijo en su tiempo el profeta Jeremías, prueban con evidencia á los cristianos que quien confía en Dios y se pone en sus manos benditas como un niño en el regazo de su buena y tierna madre, nada podrá faltarle, porque el Señor le ayudará en todas sus necesidades y le colmará de bendiciones y de gracias, para que produzca frutos de virtudes merecedoras del cielo. Y ved aquí, amados míos, la práctica piadosa á que nos exhorta el Príncipe de los Apóstoles en la Epístola de hoy, diciendo: «*Echad en Dios todos vuestros cuidados, porque El tiene providencia con vosotros.*»—*Omnem sollicitudinem vestram projicientes in eum.* (Verso 6.)

Notad bien, cristianos, lo que esto significa y los provechos que os proporciona. Dice primeramente que «*depositemos en Dios todos nuestros cuidados*»; todos, sin exceptuar ninguno; por consiguiente, en El hemos de aquietarnos en nuestros *pecados* pasados y absueltos, en nuestras *sequedades* y arideces de espíritu, en nuestras *tentaciones* y *peligros* de pecar, en nuestras *enfermedades* y *trabajos* de la vida, en suma, en todas nuestras calamidades y miserias, públicas y privadas, corporales y espirituales.—*Omnem sollicitudinem vestram.*

Confianza á pesar de nuestros pecados anteriores, recordando

aquellas palabras de San Juan: «*Hijos míos; aunque alguno, por desgracia, hayáis pecado, no desesperéis, pues tenemos por abogado para con el Padre á Jesucristo, justo y santo, y El mismo es la víctima por nuestros pecados* (1).»

Confianza en nuestras arideces y sequedades, pues, como dijo David: «*El Señor se ha hecho el amparo del pobre socorriéndole oportunamente en la tribulación: confíen, pues, en ti, Señor, los que conocen tu nombre, porque jamás has desamparado á los que á ti recurren* (2).» Poned—dice San Agustín—constantemente vuestra confianza en Dios, y confíadle todas vuestras cosas, porque El no dejará de levantaros hacia sí, y no permitirá que os suceda más que lo que pueda seros útil, aunque no lo entendáis vosotros mismos. (Lib. I, *Soliloq.*)

Confianza en las tentaciones, porque *fiel es el Señor y no permitirá que seáis tentados más de lo que vuestras fuerzas puedan sobre llevar, y aun hará que la tentación os sea provechosa* (3). «*Todo lo puedo en Aquel que me conforta*»—dijo San Pablo—y esto mismo hemos de decir nosotros en todas las tentaciones y tribulaciones (4).

Confianza en los peligros, recordando á David, cuando decía: «*Mi pie va á resbalar, pero tu misericordia, Señor, me ayudaba* (5); ó bien á San Pablo, cuando exclamó: «*Nos vemos acosados de toda suerte de tribulaciones, pero no perdemos el ánimo; nos hallamos en grandes apuros, mas no desesperados; somos perseguidos, mas no abandonados; abatidos, pero no perdidos.*» (II Corint., IV, 8-9.)

Confianza en las enfermedades y trabajos; porque sabemos que el mismo Dios ha dicho al que en El confía: «*No te dejaré, ni desampararé.*» De manera que nosotros podemos repetir con grande confianza: «*El Señor es mi ayuda; no temeré lo que los hombres puedan hacer contra mí*» (Hebr., XIII, 5-6), ni las enfermedades, porque Dios hará que se tornen en bien mío.

Confianza en todas las calamidades y miserias que puedan ocurrirnos, pues siendo Cristo nuestro Señor, nuestro Abogado, nuestro intercesor, nuestro Hermano y nuestro todo, ¿por qué hemos de

(1) Si quis peccaverit, advocatum habemus apud Patrem, Jesum Christum justum; et ipse est propitiatio pro peccatis nostris. (I Joann., II, 1-2.)

(2) Et factus est Dominus refugium pauperi, adjutor in opportunitatibus, in tribulatione, etc. (Psalm. IX, 10.)

(3) Fidelis Deus est; qui non patietur vos tentari supra id quod potestis; sed faciet etiam cum tentatione proventum ut possitis sustinere. (I Corint., X, 13.)

(4) Omnia possum in eo qui me confortat. (Phillip. IV, 13.)

(5) Motus est pes meus; misericordia tua, Domine, adjuvabat me (Psalm., CXIII, 18.)

temer?—«*Si Dios*—dijo el gran Apóstol, *está por nosotros, ¿quién contra nosotros?*»—*Si Deus pro nobis, quis contra nos?* (Rom., VIII, 31.)

Y sin más que esto que dejamos dicho, ¿quién no se anima y dice con el profeta Miqueas: «*Fijaré mis ojos en el Señor, pondré mi esperanza en Dios, Salvador mío, y mi Dios me atenderá* (1).»

Tal es, carísimos hermanos, la *confianza* á que nos invita el glorioso San Pedro en la Epístola de la presente Dominica, y por nuestra parte hemos de procurar adquirirla; ya porque es encargo del Príncipe de los Apóstoles y cede en gloria de Dios nuestro Señor, ya por los grandes provechos que ella nos proporciona.

Así, pues, no olvidemos nunca la regla de conducta que hoy nos da nuestra santa Madre Iglesia. Ella quiere que nos *humillemos bajo la mano poderosa de Dios, para que nos ensalce en el día de su venida, y además que pongamos en sus manos benditas todas nuestras inquietudes, porque El tiene cuidado de nosotros.*

Hagámoslo así, confiando entera y absolutamente en su Providencia divina, y no dudemos un punto que, así como dijo á Abraham: «*No temas, que yo soy tu protector y tu galardón sobremanera grande*» (Génes., XV, 1), así también pondrá en nosotros sus ojos misericordiosos, y después de ayudarnos cuanto fuere menester en esta vida, nos dará como galardón eterno la gloria en la otra. Amén.

HOMILÍA 2.^a

Para el Domingo III después de Pentecostés.

Combate espiritual de los tiempos presentes.

HERMANOS míos amadísimos: El Príncipe de los Apóstoles, después de amonestarnos en la Epístola de este día para que andemos siempre humillados bajo la mano poderosa de Dios, y puestos en sus manos benditísimas, como Padre amoroso nuestro que cuida de nosotros, nos da la voz de alerta y nos exhorta á que estemos siempre vigilantes y arma al brazo para no dejarnos ven-

(1) Ad Dominum aspiciam, expectabo Deum salvatorem meum: audiet me Deus. (Miq., VII, 7.)

cer de las acometidas del enemigo de nuestras almas. Las palabras con que lo expresa en nuestra Epístola, son las siguientes:

«*Hermanos: sed sobrios y vigilad, porque vuestro adversario el diablo, anda como león rugiente dando vueltas alrededor de vosotros buscando á quien devorar. Resistidle fuertes en la fe, sabiendo que vuestros hermanos esparcidos por el mundo, sufren la misma tribulación. Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó en Jesucristo á su eterna gloria, después que hayáis padecido un poco, os perfeccionará, fortificará y consolidará. A El sea la gloria y el imperio en los siglos de los siglos. Amén.*» (I Petr., V, 8 á 11.)

Estas son, amados míos, las enseñanzas prácticas que hoy nos suministra la Iglesia en la Epístola de la Misa, y por ellas vemos que el enemigo de nuestras almas anda rugiendo en torno nuestro para devorarnos, y que á nosotros nos obliga precavernos de sus fieras y continuas embestidas. ¿De qué manera? ¿Qué debemos hacer? Esto es lo que ahora intento explicaros, mostrándoos dos cosas:

- 1.^a **Cuál sea hoy el enemigo de nuestras almas.**
- 2.^a **La manera de vencerle y triturarle.**

PUNTO 1.^o

EL LEÓN RUGIENTE QUE INTENTA DEVORARNOS

Hermanos míos carísimos: «A dura y tristísima condición se ve reducida en nuestros aciagos días la sociedad cristiana extendida por toda la haz de la tierra... el mundo ha retrocedido á marchas forzadas hacia el más abyecto y grosero paganismo, y la verdad católica y la doctrina de Jesucristo, *camino, verdad y vida*, vuelven á ser *escándalo de las gentes y signo de contradicción* en las tres cuartas partes de la tierra... ¡A tal extremo de confusión ha reducido á los pueblos católicos *el hombre enemigo sembrador de toda cizaña*, fervorosamente secundado por sus huestes (1)!» ¿Quién es este enemigo, y cuáles son sus huéstes desdichadas? En cuanto á lo primero, claramente nos lo dice el Príncipe de los Apóstoles en la Epístola de este día: «*Es—dice el diablo—vuestro adversario, que anda como león rugiente dando vueltas buscando á quien devorar*»

(1) Pastoral del Excmo. Sr. Dr. D. Juan Muñoz Herrera, Obispo de Málaga, Octubre de 1899.